



Según el supuesto "brigadista" arrepentido de que habla "L'Espresso", fueron carabinieri los que dispararon sobre la escolta de Moro, temerosos de ser reconocidos por sus propios compañeros.

REVELACIONES DE "L'ESPRESSO"

EL FANTASMA DE MORO RONDA LAS CAMARAS

JOAQUIN RABAGO

LA política es una genial tejedora de intrigas. Y si muchas veces los periodistas hacen palidecer a un Raymond Chandler o a un John Le Carré, no es porque tengan una imaginación especialmente febril. Febril es, en cualquier caso —si se le puede aplicar ese calificativo—, la realidad que aquéllos investigan.

¿A quién no le costaría creerse, por ejemplo, la rocambolesca historia que cuenta Gianluigi Melega, periodista de "L'Espresso", en el último número de la revista, a propósito del secuestro y posterior asesinato de Aldo Moro? Y, sin embargo, a juzgar por las confirmaciones de algunos de los personajes afectados, por fantástico que todo ello aparezca a primera vista, mucho de lo que escribe el periodista —si no todo— puede muy bien ser cierto.

Tres son, por ahora, los personajes de esta historia. Dos de ellos, con nombres y apellidos: Ernesto Viglione, periodista de Radio Montecarlo, ex redactor de publicaciones de extrema derecha, ligado a

personajes del SIFAR y del SID— antiguos servicios secretos italianos— y amigo personal, según parece, del actual presidente de la DC, Flaminio Piccoli; Vittorio Cervone, senador democristiano, vinculado a la corriente que encabezaba Aldo Moro, quien le envió incluso varias cartas desde su prisión. El tercer personaje es al parecer un "brigadista" arrepentido cuya identidad se desconoce. El resto de las "dramatis personae" permanecen por el momento en la sombra.

He aquí los hechos resumidos, de la versión que de ellos da "L'Espresso": Un mes después de la muerte de Moro, el citado senador Cervone comienza a recibir llamadas insistentes del periodista Viglione, a quien no conoce. Por fin, ambos hombres fijan una cita, y Viglione se presenta con un magnetofón y una cinta, que hace escuchar al senador democristiano. La cinta, grabada por un presunto "brigadista", que se dirige personalmente "al senador Cervone por haber tomado la iniciativa de pedir una encuesta parlamentaria sobre

el caso", contiene revelaciones sorprendentes. El "brigadista" explica en ella que ni él ni otros miembros del primer grupo de las Brigadas Rojas habían disparado sobre la escolta de Moro. Los responsables de la matanza habían sido otros "brigadistas" que temían ser reconocidos por los guardaespaldas del presidente democristiano. Toda la operación había sido organizada por dos parlamentarios y una persona ligada al Vaticano (1); no había conexiones internacionales, y él y su grupo estaban dispuestos a declarar en el Parlamento, pero no ante la Policía, los carabinieri o la propia Magistratura, pues todas esas instituciones estaban infiltradas por las Brigadas Rojas.

Estupefacto de oír aquello, Cervone pregunta al periodista cómo consiguió la cinta. Y éste le cuenta, a su vez, su historia: A finales de abril —es decir, todavía en vida de Moro—, Viglione supo, por media-



Gianluigi Melega lleva meses investigando el caso Moro.

ción de un colega de Radio Montecarlo, que el presidente democristiano deseaba grabar con su voz un mensaje a fin de disipar las continuas sospechas sobre la autenticidad de sus cartas. El, Viglione, había sido elegido para aquella misión porque, como cronista parlamentario, su nombre era conocido por Moro. Tras su aceptación, se fijó una cita, que luego acabaría aplazándose. No obstante, Viglione informó inmediatamente de todo al presidente del grupo parlamentario de la DC, Flaminio Piccoli, que era también su mentor político.

Pero las cosas se precipitaron, y el 9 de mayo, es decir, el mismo día fijado para la cita con el "brigadista", apareció, en pleno centro de Roma, el cadáver de Aldo Moro. A pesar de tan grave contratiempo, Viglione había llegado a encontrar-

(1) El diario romano "La Repubblica" ha hablado de dos obispos y otro prelado.

se con el supuesto "brigadista", quien acabó sincerándose y le reveló dónde habían tenido cautivo a Moro las Brigadas Rojas. Al mismo tiempo le había manifestado su deseo de declarar ante una comisión parlamentaria siempre que se le diesen plenas garantías.

Acabada su historia, Viglione preguntó al senador si, a su vez, estaba dispuesto a entrevistarse con el "brigadista" arrepentido. Cervone contestó que, en principio, sí, aunque debía pensárselo. De todas formas, como prueba de aquella entrevista, Viglione solicitó de su interlocutor una pequeña nota firmada en la que el senador reconociera haber escuchado la cinta. (Esta y otras pruebas parecen estar hoy en lugar seguro.)

Cervone desconfiaba, no obstante, del supuesto "brigadista" y fue a confesarse con Amintore Fanfani, Presidente de la República en funciones, tras la dimisión de Leone. Algunos días después, Cervone sería abordado por el propio Flaminio Piccoli, quien estaba a punto de ser nombrado sucesor de Moro en la

que uno de ellos no había querido matar a Moro. Repitió la versión sobre la matanza de vía Fani: el grupo rival había disparado sobre los carabinieri para no ser reconocidos por sus compañeros, que formaban parte de la escolta de Moro. Dijo también que su grupo estaba dispuesto a declarar y a conducirlos a donde estaban los asesinos de Moro, para lo cual no tenían más que volverse a poner en contacto con él.

Acabado el encuentro, Cervone habló con Zaccagnini, secretario general de la DC, y luego con el nuevo ministro del Interior, Rognoni, a quien se quejó de paso de las presiones de sus colegas democristianos para que desistiese de su idea de iniciar una encuesta parlamentaria. Se decidió entonces celebrar una reunión exclusiva de los dirigentes del partido que estaban ya al corriente de todo aquel asunto para discutir sobre los próximos movimientos.

Por fin, el 2 de agosto tuvo lugar la reunión. El propio Piccoli confirmó las sospechas sobre posibles

senador Cervone se enteró también, con evidente disgusto, de que, en contra de lo pactado, son cada vez más personas las que están al corriente de la operación que se prepara: el jefe de la Policía, a quien no se ha querido desairar, y el propio Andreotti, entre otros.

Finalmente, se produce el gran "fiasco". En el último momento, el periodista de Radio Montecarlo se presenta a Cervone y le informa de que la reunión de los "brigadistas" ha quedado aplazada hasta septiembre porque debido a la muerte del Papa el hombre del Vaticano no podía abandonar Roma.

Nombrado a pesar de todo coordinador de la lucha antiterrorista, el general Dalla Chiesa margina, a partir de ese momento, a Cervone y a Viglione de la investigación. En adelante no se volverá a hablar del asunto.

Estos son los hechos revelados ahora por "L'Espresso" y que fueron totalmente silenciados en el debate en el que el Parlamento decidió, con el voto de los partidos de la mayoría, dar por concluido el asunto Moro.

Ahora, sin embargo, corren vientos de crisis en Italia, y el PCI, consciente de un progresivo desgaste, parece optar por una línea más dura frente a la DC. Nada más conocerse el artículo de "L'Espresso", sus parlamentarios presentaron una propuesta para el nombramiento de una comisión de 15 senadores y 15 diputados que habrían de concluir sus trabajos en un plazo máximo de seis meses y a los que no se podría oponer ni el secreto de Estado ni el de oficio.

Mientras tanto, la prensa de la derecha y un importante sector de los democristianos, encabezados por Piccoli, denuncian cínicamente a quienes "provechan los vacíos de las épocas de crisis para maniobras desestabilizadoras que hacen el juego a los terroristas de cualquier color".

Nadie puede acusar, sin embargo, a "L'Espresso" de este tipo de oportunismo. Sus responsables se negaron simplemente a aceptar la versión oficial del caso Moro y siguieron investigando por su cuenta y riesgo. Y de hecho, desde que se encontró el cadáver del presidente de la DC y artífice, junto con Berlinguer, del "compromiso histórico", no ha pasado prácticamente ningún mes sin que el periodista encargado directamente del caso, Gianluigi Melega, revelase algún dato nuevo, silenciado en el Parlamento.

Fue "L'Espresso" quien primero denunció la manipulación del material encontrado por los carabinieri de Dalla Chiesa en el apartamento que los "brigadistas" tenían en la calle romana de Monte Nevoso, así

como el carácter incompleto de los documentos dados a conocer por el ministro del Interior; fue "L'Espresso" quien, a comienzos de noviembre del año pasado, acusó al ministro Rognoni de no haber informado a la Cámara de los contactos habidos al parecer en torno al 2 de abril, entre un grupo de carabinieri y otro de "brigadistas" disidentes, los cuales habían exigido la presencia de un político. Según el semanario, un democristiano, Giuseppe Zamberletti, se había ofrecido entonces como mediador. Sin embargo, por razones desconocidas, los contactos se interrumpieron, y el propio Zamberletti, candidato a la sucesión de Cossiga como ministro del Interior, fue marginado en beneficio de Virginio Rognoni.

Fue asimismo "L'Espresso" quien acusó a ese último, Rognoni, de no haber mencionado, en su informe a la Cámara del 24 de octubre, hechos como el que un funcionario de la Policía llegase a arrebatar a una secretaria de Moro un sobre con ciertos documentos que ésta se disponía a enviar al secuestrado por petición expresa del político democristiano.

Fue esa misma publicación la que, hace un mes, refería el caso de un testigo directo de la matanza de vía Fani, un propietario de garaje que, apenas uno o dos minutos después de producirse el secuestro, fotografió desde una terraza toda la zona. El coche fue entregado oportunamente a la magistratura, sin que se volviera a saber nada más de aquellas fotos. Nadie se preocupó tampoco de interrogar al testigo.

Por último, fue también "L'Espresso" quien reveló que el propio Presidente yugoslavo Tito, preocupado por un secuestro que podía tener efectos desestabilizadores no sólo en Italia, sino también en su país, había intervenido cerca de los Gobiernos de Cuba, de Libia, del Irak y de la propia OLP de Arafat, todos los cuales le manifestarían, sin embargo, no tener ningún contacto con las Brigadas Rojas.

"L'Espresso" ha estado, pues, investigando sistemáticamente, y no se puede decir que el artículo de Melega haya sido inoportuno. Como el propio periodista ha reconocido, no lo publicó hasta estar seguro de la veracidad de la historia. Y la confirmación, en última instancia, del propio ministro del Interior, Rognoni, que ha acabado reconociendo la existencia de tales contactos, no hace sino darle la razón. Ahora habrá que esperar a los próximos episodios. Porque algo huele a podrido en piazza del Gesù (2), y el embrollo apenas se ha comenzado a desenredar. ■

(2) Sede de la Democracia Cristiana.



El senador Cervone entró en contacto con el "brigadista".



El ministro Rognoni silenció muchas cosas en el Parlamento.

presidencia de la DC. Según Piccoli, Cervone podía fiarse plenamente del periodista de Radio Montecarlo. ¿Cómo se había enterado, sin embargo, Piccoli de todo el asunto? El propio Viglione le había hecho escuchar la cinta en presencia también del presidente de la Cámara de diputados, el también democristiano Scalfaro. El círculo se amplió. Scalfaro aconsejaría, por su parte, a Cervone que se entrevistase con el supuesto "brigadista".

Por fin, el 31 de julio, el misterioso personaje acudió, en compañía del periodista Viglione, al lugar fijado para la cita dentro del propio palacio de la Cámara. Por su aspecto, parecía un meridional, con cara de mastín, y unos cuarenta o cuarenta y cinco años de edad. El "brigadista" explicó a Cervone que en las Brigadas había dos grupos, y

infiltraciones de las Brigadas en el aparato de la Policía, por lo que se acordó actuar al margen de los canales institucionales normales. El encargado de la operación antiterrorista sería el general Carlo Alberto Dalla Chiesa. Pocos días después, nueva reunión del senador con el periodista, que demostró estar al tanto de la propuesta y le comunicó que el "brigadista" no tenía nada que oponer al nombre de Dalla Chiesa. Viglione le hizo saber también que parecía que el estado mayor de las Brigadas Rojas iban a reunirse el 11 de agosto en una casa de campo próxima a Salice Terme y que ése podría ser el mejor momento para hacer la redada.

El 6 de agosto fallece Pablo VI. Dos días después, Viglione llega a Roma y confirma que la reunión terrorista tendría lugar el 11. Pero el